

CURANDEROS, CONTRAS Y CULEBRAS*

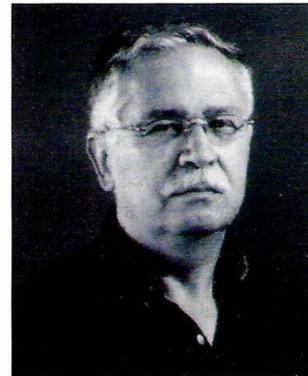
Leonidas Arango Loboguerrero**

Estamos en pleno auge de una gigantesca sociedad industrial globalizada, que es manejada por múltiples organismos, muchos de los cuales solo conocemos por siglas: FMI, OCDE, OTAN, Los 20, OMC, Los 7... Es también una época en que los estándares determinan el procedimiento para conseguir una cita médica que, por otra parte, se presta –cuando se puede– con recursos técnicos que ni soñábamos hace medio siglo.

Un observador puede pensar que la salud de los humanos está solo en manos de la medicina científica –que ya es la convencional–, pero la presencia de la medicina en la sociedad es compleja y se manifiesta de múltiples maneras. La situación nos lleva a plantearnos una inquietud: ¿Por qué se mantienen con relativa vitalidad las prácticas médicas populares, la magia y la superstición, cuando el mundo está medicalizado casi por completo, cuando hay vacunas y remedios de alta tecnología y tratamientos eficaces contra gran parte de las enfermedades?

La oferta de servicios médicos y paramédicos se concentra en las áreas urbanas. Nos quejamos porque los medios de comunicación masiva, los letreros, los volantes y puestos callejeros nos bombardean a diario con ilusiones de curación milagrosa y tratamientos mágicos para desaparecer cualquier achaque de salud o para hacernos bellos y jóvenes.

No pretendo analizar las contradicciones entre los obvios beneficios de la medicina moderna y el aparente



anacronismo de la medicina popular, pero deo en el aire posibles motivos para una explicación:

- por simple inercia cultural,
- porque la difícil geografía de Colombia impide que los servicios médicos profesionales lleguen a todo el territorio,
- por las discriminaciones económicas y de clase que arrinconaron la medicina popular en los estratos bajos.

Un hecho cierto es la actividad de numerosos agentes de salud que ejercen los oficios de curar, como son:

- los homeópatas, muchos de los cuales son médicos especialistas; algo similar ocurre con los acupunturistas, naturistas y otros alternativos,
- dentistas empíricos,
- clásicos teguas,

Fecha recibido: julio 12 de 2012 - Fecha aceptado: agosto 22 de 2012

* Conferencia para inaugurar la exposición “Remedios, talismanes y amuletos”. Museo de la Sociedad de Cirugía de Bogotá, Hospital de San José, 11 de julio de 2012.

** Periodista, Instituto Internacional de Periodismo Werner Lambert, Berlín. Miembro Activo de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina. Miembro Fundador de la Asociación Colombiana de Historia de la Farmacia.

- boticarios y farmacéuticos, casi todos en actividad como droguistas,
- los que se presentan como legos, magos o brujos,
- los que asumen la fe religiosa como un medio de curación,
- los herbolarios y yerbateros,
- diversos terapeutas artesanales, entre ellos comadronas y sobanderos,
- los chamanes y sanadores indígenas,
- los culebreros como personajes típicos y exclusivos de nuestro país.

Entre todos ellos hay casos extremos que desbordan las normas legales.

En Colombia llamamos tegua a quien practica medicina u odontología de manera empírica. La palabra viene del término muisca tecua o tegua (= muchacho) y señala despectivamente a los falsos médicos, a los curanderos y a los vendedores de específicos –conocidos en otros países como charlatanes– e incluye a los sanadores indígenas ancestrales.



Caricatura: en la década de 1930 se estigmatizó la imagen de los teguas y los culebreros como agentes de salud. Caricatura de Pepe Gómez, Revista Salud y sanidad, Bogotá, 1936.

Hay una explicable aversión de los médicos hacia los teguas –sus más inmediatos competidores– que data de la época colonial: en 1794 ya se quejaba don José Celestino Mutis porque la medicina se hallaba «envilecida y ejercitada por pardos y gente de baja extracción», que estaba en manos de «miserables curanderos y charlatanes advenedizos» y a merced de los absurdos que cometían «los Orenes, Alfáros, Ávilas y Muñoces», en alusión a cuatro empíricos que habían obtenido permiso para ejercer, en vista de la escasez de médicos.

Esa oposición entre profesionales y teguas nunca ha sido una novedad: cuando el naciente cuerpo médico había obtenido influencia y poder, su expansión por el territorio nacional se estrellaba contra la pervivencia de las prácticas tradicionales. Los médicos graduados decidieron apoyarse en la ley para atacar a los empíricos a través de muy necesarias campañas de salud, que a veces estaban untadas de eugenesia y racismo.

En la década de 1930 ordenaba la Comisión de Especialidades Farmacéuticas: «Prohíbese la venta de Especialidades Farmacéuticas ... en las plazas o vías públicas, o por vendedores ambulantes, así como la propaganda o anuncios en alta voz». El doctor Jorge Ramírez denunciaba que «uno de los problemas que más seriamente preocupa al Médico Higienista es sin duda alguna el de los teguas, que ejercen cómodamente, protegidos algunas veces por las autoridades que tienen nexos de familia y por el pueblo inocente que ve en ellos seres predestinados. El tegua desacredita a los médicos por todos los medios a su alcance y llega en muchas ocasiones a desalojarlos».

Para esos días el tegua ya no era aquel prestigioso herbolario y sanador indígena que durante centurias debió responder por la salud de gran parte de los neogranadinos y los colombianos. Ya era presentado como un ser extraño, agresivo, greñudo, sucio y transmisor de enfermedades. Con muy buenas intenciones, la revista institucional *Salud y Sanidad* sugería: «Compre siempre sus remedios en las boticas. No le compre a los culebreros, yerbateros, indios mechudos ni a vendedores ambulantes». El estigma profesional y social se extendía al legado ancestral de los legítimos curanderos indígenas.



Cartel de Curarina de Salas Nieto, año 1920. Colección Farmacia Universal, Libano (T.)

Para comprender la situación tengamos en cuenta que las metas del cuerpo médico, de la Iglesia, el Estado y las élites de la cultura «oficial» suelen estar alejadas de la expresión popular, en lo cual vamos a insistir más adelante.

Hoy nos ocupa la exposición que inaugura la Fundación Universitaria de Ciencias de la Salud en su Museo de la Sociedad de Cirugía de Bogotá y en esta histórica sede hospitalaria. Vamos a referirnos a tres materias de las muestras que se exhiben: los remedios, los talismanes y los amuletos. Acudamos a ese procedimiento de cajón que son las definiciones.

Un *remedio* es un medicamento que se administra para producir un cambio favorable frente a las enfermedades. A veces, el remedio se aplica sin necesidad de consultar al médico. Ya casi no se habla de los *remedios secretos* que eran, o todavía son, productos inventados

por un médico o por un farmacéutico y elaborados con fines comerciales, a los cuales se atribuía alguna eficacia terapéutica. Se patentaban como inventos, no se revelaba su composición y eran de venta libre. En cierta forma se trata de los mismos *específicos*, que se producen sin ceñirse a las normas de una farmacopea. A partir del siglo XIX en Colombia se elaboraron miles de referencias que se vendían como panaceas contra toda clase de enfermedades.

A pesar de las innegables bondades de la medicina actual, persiste el uso de productos y artículos destinados a evitar o a combatir la enfermedad, de naturaleza diferente al medicamento y estrechamente emparentados con la magia: los talismanes y los amuletos.

Se discute la etimología de la palabra talismán: para unos viene del persa *telesmāt*, o del árabe *tilism* o *tilsman* = imagen mágica. Para otros, del griego *thelemos* = voluntad, o de *télesma* = fuerza astral. Los talismanes son objetos en los que se han grabado figuras o caracteres, a los cuales se atribuyen poderes mágicos en la prevención de enfermedades o de «malas influencias», y su eficacia depende del material que los conforma: piedras, huesos, imanes, tallas, etc. El talismán requiere una elaboración.

Una herradura sobre la puerta principal de la vivienda o del negocio protege a los moradores de toda enfermedad o hechizo. Hay talismanes de amor –para conquistar, para evitar la infidelidad del cónyuge, para recuperarlo o para aumentar la capacidad amorosa– y se preparan en forma de perfume o de toma para mezclar en las bebidas. Hay rezos para alejar o combatir el mal, y ciertos rituales religiosos abundan en imágenes, reliquias de santos y exvotos.

Los *amuletos*, por su parte, tienen mucho en común con los talismanes, pues también son actos de fe y comparten una oscura etimología. Se dice que la palabra deriva del latín *amuletum* o del árabe *humala* = transportar. Son objetos pequeños dotados de poder mágico para alejar el mal o propiciar el bien. Pueden ser de naturaleza mineral, vegetal o animal y la persona que busque el amparo de un amuleto debe llevarlo consigo.

Muchos amuletos preservan de un mal o un peligro determinado, y de allí el nombre que reciben entre nosotros: *contras*. Citemos como ejemplo los colgantes o las pulseras contra un hechizo de amplia vigencia, el mal de ojo, o los que evitan las picaduras de alacranes y reptiles. Recuerdo que llevar en el bolsillo un frasquito de azogue o una semilla de ojo de buey creaba una barrera invisible frente a las culebras venenosas. Por el temor que despierta, la serpiente encarna lo negativo: en la teología cristiana, el mal tomó forma de reptil para empujar hacia el pecado a los primeros seres humanos. Desde otras mitologías, pasando por los bestiarios medievales y el manejo ritual de ofidios en la India, la culebra ha tenido múltiples significados, incluyendo el símbolo médico del caduceo en que el reptil entrega su veneno—su capacidad de matar— para que el ser humano lo transforme en antídoto, en remedio, en rescate de la vida.

Después de la llegada de los europeos, los nativos de América se replegaron a las selvas y montañas donde se supone que guardaron los saberes ancestrales para conservar la cultura y conjurar la enfermedad. De allí el prestigio que rodeó al indígena como botánico y sanador en una geografía plagada de ofidios venenosos. Mencionemos algunas especies muy nuestras: la mítica birrí, que azota con su ponzoña al Chocó y Urabá; la cuatronarices, una cascabel también llamada pudridora porque su veneno necrosa los tejidos alrededor del mordisco; la vistosa coral, que por su aspecto es la misma rabodeají; la equis, dizque no muy venenosa; la ma-caurel, nefasta en los Llanos Orientales; la respetable mapaná o taya equis; la tatacoa, otra modesta variedad de cascabel; la pitorá; la verrugosa... y dejemos ahí, cruzando los dedos para que cada una de ellas tenga su respectivo amuleto contrario.

Las picaduras de culebra dieron origen a muchos remedios que se vendieron como antídotos infalibles. A menudo eran preparados a base del bejuco *Aristolochia*, conocido como guaco. El señor Juan Salas Nieto patentó en 1884 en el Estado de Santander un específico al que llamó Curarina y dos años más tarde lo vendió a los Laboratorios Román, de Cartagena. Gracias a muchos años de intensa campaña publicitaria, la Curarina de Salas Nieto alcanzó un



Cartel de Curarina de Salas Nieto, año 1920. Colección Farmacia Universal, Libano (T).

amplio mercado internacional con agencias propias en Guatemala y Nueva York. Es bueno aclarar que la curarina nunca comprobó sus dotes de antiofídico pero se recicló en bálsamo contra el paludismo, la fiebre y las contusiones.

En las primeras décadas del siglo XX, Colombia no había construido una red de comunicaciones que rompiera la distancia entre las diferentes zonas climáticas, las regiones de colonización, sus provincias y sus pueblos. Durante muchos años la cultura popular casi no tuvo oportunidad de divulgarse a través de los medios modernos de comunicación. En el año 1950, un 70 por ciento de la población colombiana vivía en zonas campesinas, y a muchas de ellas no llegaban el telégrafo, la carretera ni la radio. Ante la falta de médicos y hospitales, la gente quedaba a merced de

los remedios caseros o de cualquier proclama sobre las virtudes curativas de un medicamento.

Sin embargo, las universidades graduaban cada vez más médicos y la salud administrada por profesionales desplazó las prácticas curativas tradicionales, aunque no las desterró. Autores como Mario Hernández han señalado que la persistencia de tales prácticas constituye un mecanismo de resistencia popular a la modernización.

La mula, el tren, la canoa y el bus llevaron al culebrero hasta las aldeas donde supo establecer un contacto eficaz con el inconsciente colectivo dominado por la omnipresente amenaza de las serpientes. El culebrero fue capaz de interpretar las contradicciones que existían en su derredor y transformarlas a su favor gracias a su don de persuasión mediante un discurso sencillez, socarrón y claro para todos.

Por las calidades de su parlamento reclamamos para el culebrero el puesto que merece en el mundo de las letras. Cautivado por la maravillosa labia de este divulgador popular, García Márquez le dedicó su cuento *Blacamán el bueno, vendedor de milagros* y dejó claro que la verdadera profesión del culebrero era esa: vender milagros.

En 1939, el escritor y periodista José Antonio Osorio Lizarazo encabezaba una crónica sobre el célebre Indio Rondín con una reflexión que deja bien retratados a los culebreros: «La profesión de vender específicos curativos es un residuo, incorporado absurdamente a nuestro tiempo, de la picaresca clásica que enriqueció la literatura de otros siglos. El vendedor de específicos ha de tener una mezcla de rudimentario alquimista, de orador público, de cínico, de psicólogo, y de rufián.»

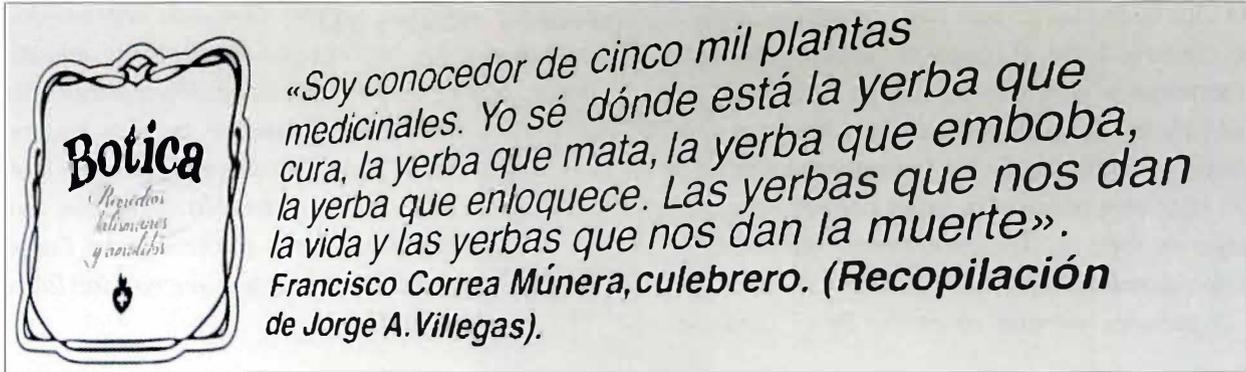
Para lo que sigue voy a entresacar algunas frases de los discursos de un culebrero de carne y hueso, el antioqueño Francisco Correa Múnera, cuyas correrías acompañó en la década de 1970, grabadora en mano, el investigador Jorge Aníbal Villegas para dejar plasmada su experiencia en el libro *El Culebrero* (Bogotá, 1977). En mi niñez pude ver y escuchar culebreros auténticos que regresan hoy desde el fondo de mis recuerdos haciendo gala de una portentosa capacidad convocatoria:

cuando el protagonista se hace rodear de un puñado de curiosos, pide a un caballero: *que me haga el favor y se me corre para allá un poquito, la señora también, el niño no se me siente ahí mijito, vamos abriendo la rueda estimadas damas y caballeros porque necesito espacio amplio para extender esta serpiente, este peligroso animal que voy a pararlo en la punta de la cola por medio de un secreto.*

Entonces comienza a desplegar su palabra anunciándose como un personaje mítico, heredero de nobles saberes ancestrales: *ustedes no saben cómo es mi nombre, porque mi nombre sólo está escrito en nuestra madre: la madre Naturaleza, que es lo más hermoso, lo más querido. Cuando tenía la edad de diez años me interné en la selva con el indio Paramachula, el cacique Pinipiguasca y la india María Chuspasuli.*

A medida que aumenta la expectativa por el remedio mágico que va a ofrecer, promete sacar la culebra de una canasta y a exigir que pongan mucho cuidado porque: *voy a clavar la rodilla en tierra y voy a presentales una serpiente que ustedes no conocen. ¿Saben cuál es la serpiente que ustedes no conocen? La que van a ver aquí dentro de poquísimos instantes. No se preocupen que ya casito la saco. Está escondida, me la fueron a traer. Pero yo no conozco culebra más grande que la lengua que les está hablando, mi estimado amigo. Espérese un momentico para que vea usted lo que es secreto y lo que es ventaja. Lo que es irradiase uno con los espíritus divinos para principiar a trabajar aquí en estos sitios, donde todos llegan, miran, se van y nadie paga. Porque ninguno tiene que pagar por la dentrada y mucho menos la salida, mi estimado compañero. Yo no les voy a cobrar ni veinte ni quince ni diez ni cinco. Voy a cobrarles únicamente la porquería de diez miserables cochinos billetes de a peso.*

La oferta podía ser un folleto de botánica popular o una pócima curalotodo, pero ninguna línea de remedios populares superó a los ungüentos a base de vaselina, mentol y guayacol: *Pomada Rayo, Mentolathum, Rin-ran, Mentol Davis, Pomada MAR, Mentol N° 2, Mentolatina*, que también se preparaban en boticas bajo nombres como *Guayamentol, Mentolato, Pomada Lamus* o *Mentol Irodoz*. Teñidos de color estridente,



«Soy conocedor de cinco mil plantas medicinales. Yo sé dónde está la yerba que cura, la yerba que mata, la yerba que emboba, la yerba que enloquece. Las yerbas que nos dan la vida y las yerbas que nos dan la muerte».
Francisco Correa Múnera, culebrero. (Recopilación de Jorge A. Villegas).

fueron la mercancía favorita de los culebreros que los vendían como *Pomada Indostánica*, *Secreto del Putumayo* o *Cascabelina Llanera*.

El culebrero apela al prestigio ancestral de los sanadores indígenas para certificar sus conocimientos de botánica, como hicieron los inventores de remedios que se proclamaban herederos de la sabiduría indoamericana. Así existieron un *Agua India* producida en Medellín o los específicos del *Gran Botánico Indígena*, que fabricaba en Bogotá el *Astringente nuevo* para curar «en pocos días la gonorrea i la enfermedad llamada Flores blancas». Se fabricaron el *Cholagogue Indio* del mentado Juan Salas Nieto, el *Jarabe Indio*, la *Serpolindia Indígena*, el *Específico Zendejas* que reproducía una «vieja fórmula azteca», el *Específico Indio*, o *El Caribe*, que apareció en 1902 como anti-*ofídico* y todavía sobrevive en droguerías populares como analgésico externo.

En los textos recogidos por Villegas, el culebrero Correa se pavonea proclamando que aprendió la botánica con maestros indios, que son: *los que conocen los secretos de la Madre Naturaleza y desde que nacen cargan su contra, su amuleto, que los preserva del mal y los vuelve de buenas*.

Para vender cada milagro encerrado en un frasquito o en una caja el culebrero iba envolviendo al auditorio en su discurso interminable hasta convencerlo de su capacidad para manejar al reptil: *el serpiente más peligroso de las selvas del Amazonas, el serpiente*

capaz de enrollar, apretar y triturar un hombre menos valiente que yo. ¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, dame fuerzas para dominarla! ¿Ya está? ¿Que cómo la domino, señor? Con los secretos de las yerbas, y crea usted en las plantas. Porque en Colombia tenemos un grave error. ¿Cuál es, caballero? Que tenemos las plantas en el huerto, en el prado y en el jardín de la casa, pero usted las coge, las pisa, las arranca con el machete o el azadón, y si aquellas yerbas pudieran hablar le dirían: ¡insensato, no me destruyas que yo te curo! En cambio ¿qué hace el extranjero? Coge la planta con ternura, como si se tratara de su hija más querida y se la lleva para los grandes laboratorios del exterior donde la machaca, la envasa y nos la devuelve en píldoras, jarabes e inyecciones que son remedios, sí señor, pero más caros. Porque la gente cree que si los remedios vienen en envases bonitos y con nombres raros curan mejor, no señor. Por eso desprecian al agua fresca del manantial.

En estos días de acelere constante, de identidades unificadas por la globalización, de resultados a corto plazo y del desmonte fríamente calculado de la seguridad social, impidamos que se pierdan para siempre los vestigios de mentalidad mágica que nos siguen alumbrando a través de teguas, yerbateros, comadronas, sobanderos, dentistas y culebreros. Para bien o para mal y sin proponérselo, todos ellos tuvieron a su cargo la salud en la Nueva Granada y en Colombia y la traspasaron a los médicos y a los sistemas sociales sin pedir nada a cambio.

En esta charla de charlatanes han sonado palabras en lenguas como el árabe, el latín y el muisca. Ahora propongo terminarla valiéndonos –como diría Francisco Correa Múnera– de una culebra tan terrible y tan venenosa como es la lengua de ese colombiano auténtico, dejando para otra ocasión la carga poética enroscada a lo largo de todo su discurso: *Dobus qui nobis sacramentus mirabilis cancinem memoriam reliquistis. Latín, sí señores, porque yo estuve en el seminario*

pero me echaron porque tuve una enfermedad: me gustan más las mujeres que los hombres, mi estimado señor. Soy el hombre que sabe dónde están lenguali, denguaru, francasu, casamucho, beca y languastrey, queriendo decir, palabra indígena, hombre que sabe dónde está la yerba que cura, la yerba que mata, la yerba que emboba, la yerba que enloquece. Las yerbas que nos dan la vida y las yerbas que nos dan la muerte. ¡No se retire nadie!



Exposición "Remedios, talismanes y amuletos" en el Museo de la Sociedad de Cirugía de Bogotá, Hospital de San José.